

Una construcción social y simbólica que varía con el marco temporal y espacial

El cuerpo y sus límites

¿Qué entendemos por un cuerpo? Se trata de un concepto bastante más esquivo de lo que parece a simple vista. Hablamos por supuesto del cuerpo humano, orgánico, sensible, doliente y gozoso.



Cruz Fernández González *

Cuerpo y cultura¹¹

Desde la perspectiva médica, el cuerpo es sin duda el campo de batalla: el lugar donde se produce la lucha con la muerte, con el dolor, con la enfermedad.

Para la medicina el cuerpo es lo que sangra, suda, excreta y llora. También lo que se corta, se inyecta, se cose, se rompe, se estudia, se analiza. El cuerpo se interpreta como una máquina que hay que ajustar y regular para asegurar un buen funcionamiento. Pero no cabe duda de que es mucho más que eso. La idea de cuerpo está directamente relacionada

¹¹ Por este artículo planea la influencia de dos autores que me veo en la obligación de citar. Por un lado Jean-Luc Nancy, el autor citado expresamente con *El intruso* (Ed. Amorrortu. Buenos Aires, 2006), pero también *Corpus*, (Ed. Arena libros. Madrid, 2016). La otra referencia es David Le Bretón, en especial: *Antropología del cuerpo y la modernidad* (Ed. Nueva visión. Buenos Aires, 2002) y *Antropología del dolor* (Ed. Seix Barral. Barcelona, 1999). Todo lo que escribo en este texto ha sido ya escrito por ellos y, por supuesto, de manera mucho más hermosa.

con la de sujeto e individuo y por eso, el cuerpo es también una construcción social y simbólica que varía con el marco temporal y espacial. Así por ejemplo hay algunas culturas que no comparten la concepción de cuerpo individual y concreto propia de la civilización occidental. El ser humano se concibe integrado en la naturaleza, formando parte de un todo universal y el cuerpo no es más que la expresión particular de esa globalidad. Incluso en nuestra propia tradición, la idea de individuo separado, aislado y autónomo arranca de la modernidad. En el medievo y el Renacimiento el hombre no tenía conciencia de una identidad propia. Durante el paradigma renacentista el ser humano se entendía incorporado dentro de un entramado cósmico de fuerzas naturales, donde la enfermedad expresaba la aparición de un desequilibrio del orden universal. No era el cuerpo el que enfermaba sino que todo el universo estaba implicado en el malestar del paciente. De ahí la manera tan natural en que los médicos renacentistas utilizaban talismanes, invocaciones, fórmulas e incluso sacrificios con el objetivo de equilibrar las fuerzas cósmicas.

* Enfermera especialista en Salud Mental y graduada en Filosofía.

Sujeto, cuerpo y pensamiento

El sujeto autónomo, libre e individual surge con plena fuerza en el mundo moderno y tiene como característica principal el dualismo, que consiste en la distancia que el hombre establece con la corporalidad. El cuerpo pasa a ser una posesión más del individuo, quizá ni siquiera la más preciada. El gran filósofo de la modernidad, Descartes, explica en su *Discurso* que todo lo que nos viene del cuerpo, las impresiones de los sentidos, deben ser puestos en duda. Las percepciones corporales nos engañan, no son fiables y por lo tanto, no sirven para fundamentar nuestro conocimiento. Solamente en el intelecto podemos tener la seguridad absoluta, las ideas claras y distintas, con las que fundamentar nuestras creencias. Recordemos la famosa afirmación cartesiana: *cogito ergo sum*. La existencia se fundamenta por el pensamiento; somos porque pensamos, pero el único pensamiento del que *a priori* podemos estar seguros es del que expresa nuestra duda, nuestra desconfianza acerca del mundo material y en particular de las sensaciones de nuestro cuerpo. Cuando Descartes afirma la existencia de la *res cogitans*, la substancia pensante, establece la separación con el cuerpo. Hay un sujeto pensando, dudando, que afirma reconocer sus propios pensamientos y que solo posteriormente puede también reconocer su cuerpo como una posesión más. Pero el sujeto que piensa es anterior, tanto al pensamiento como al cuerpo; ambos son dos partes diferenciadas que el individuo reconoce e identifica como propias. Yo soy un sujeto, este es mi cuerpo y estos son mis pensamientos: es la gran afirmación moderna. En eso consiste principalmente el dualismo, en la idea de que hay en el individuo dos partes diferenciadas y separadas donde además, se privilegia la *res cogitans*, mientras que el cuerpo se desprecia (recordemos que no es más que una fuente de errores).

El cuerpo, objeto de la ciencia

Ese cuerpo, separado del espíritu y del individuo pierde su aura sagrada y se reduce a una parte más de la naturaleza que, como cualquier otra, puede ser objeto (y víctima) del proyecto científico moderno. La ciencia busca entender como funciona el cuerpo, esa máquina maravillosa, pero máquina a fin de cuentas. Para ello se permiten todo tipo de experimentos, sin ninguna cortapisa ética, como se haría con cualquiera otra maquina o fenómeno natural. Una vez pierde la sacralidad como expresión de la dignidad humana, el cuerpo puede ser sometido a todo tipo de violencias y degradaciones. Puede tecnificarse, cortarse, diseccionarse y porque no, mantenerse con vida vegetativa durante tiempo. La ciencia lo justifica y además, ¿qué mejor finalidad científica se puede tener que la inmortalidad?

El proyecto científico moderno ha alcanzado en nuestro día cotas excepcionales, pero también se han puesto de manifiesto las contradicciones internas que traía consi-

go. Nunca ha habido un conocimiento más profundo de como funciona el cuerpo humano. Conocemos los mecanismos fisiológicos con exactitud; entendemos el funcionamiento de los diferentes órganos a nivel bioquímico e incluso molecular. Pero estos grandes avances científicos conviven junto a una serie de saberes, las denominadas pseudociencias, que lejos de remitir parece que cada vez se instalan más en nuestra supuestamente avanzada y científica sociedad. Las personas siguen acudiendo a curanderos, astrólogos, quirománticos, etc. Las medicinas alternativas están cada vez más presentes y la prueba es el interés (seguramente no del todo altruista) que la medicina tradicional tiene en desprestigiarlas. ¿Cómo podemos entender este fenómeno? La ciencia médica se fundamenta en la concepción mecanicista del cuerpo y en el dualismo. Pero los seres humanos somos conscientes de que nuestro cuerpo tiene una dimensión también simbólica que la medicina exclusivamente biológica no reconoce. En las sociedades más tradicionales se mantiene la interpretación simbólica de las funciones corporales. Así, por ejemplo, en algunos pueblos aún se cree que una mujer con la menstruación puede estropear la fermentación del vino o cortar la mayonesa,

conectando la infertilidad asociada a la menstruación con otros mecanismos. Se pueden reconocer los rescoldos del paradigma renacentista en el que el cuerpo funciona a modo de resonador con todo lo que lo rodea y puede ser afectado e influir y desviar él mismo las leyes naturales.

En nuestra sociedad moderna occidental y urbana puede que ya no se admita la curación por medio de talismanes o invocaciones, pero lo cierto es que la dimensión simbólica del cuerpo sigue siendo necesaria y cuando ésta desaparece en beneficio de una visión exclusivamente científica, aparecen por todas partes nuevas formas de espiritualidad: por ejemplo estas pseudociencias que compensan una evidente falta de fundamento científico con una concepción más holística del ser humano.

De espaldas al cuerpo real

Por otro lado, hoy en día vivimos en la sociedad de la exaltación del cuerpo. El cuidado corporal exacerbado, la exaltación de la belleza física asociada a la salud y la juventud es uno de los mitos de nuestro tiempo. Cuidamos el cuerpo como lo haríamos con una máquina sofisticada de la que tendremos que servirnos el mayor tiempo posible. Hay que potenciar el ejercicio físico, la alimentación saludable, la vida sana, luchar contra la vejez, el cansancio, los signos de la edad, los kilos de más. El cuerpo debe mantenerse joven, fuerte y hermoso, y retrasar en la medida de lo posible la aparición de la enfermedad y la muerte. Pero el cuerpo real, vulnerable y enfermo es el gran desaparecido en nuestra sociedad. Cuando el cuerpo se hace presente, en la enfermedad, en la vejez, o en sus funciones corporales, la sociedad busca mil formas de esconderlo. Los enfermos y

Para la medicina el cuerpo es una máquina que hay que ajustar y regular para asegurar un buen funcionamiento. Pero es mucho más que eso

ancianos se esconden en instituciones. Las manifestaciones corporales como pedos, eructos, orinar, hacer de vientre, etc... son consideradas de mal gusto. Los rituales sociales tratan de eliminar en lo posible cualquier atisbo de corporalidad; los individuos evitan tocarse, rozarse y casi mirarse cuando interaccionan. El gran éxito de las redes sociales por Internet se explica también por eliminar el factor corporal.

La medicina, ciencia del cuerpo

El ser humano no puede desligarse de su cuerpo. El cuerpo no es una posesión circunstancial sino que encarna lo que permite al hombre existir y ser en el mundo. Sus cicatrices, marcas o enfermedades son la expresión de nuestro periplo vital. El dualismo fragmenta la unidad de la persona y así, el cuerpo permanece aislado, percibido como algo diferente del ser humano que puede ser entonces abordado desde una perspectiva puramente mecanicista. Al desvincular el cuerpo del sujeto, este queda también desligado de la enfermedad y del sufrimiento que ésta provoca. Los médicos

El cuerpo no es una posesión, sino lo que permite al hombre existir y ser en el mundo. Sus cicatrices y enfermedades expresan su periplo vital

despersonalizan la enfermedad y convierten la medicina en una ciencia del cuerpo, diferente de una ciencia del hombre. La enfermedad ya no se comprende como un momento más del proceso vital del individuo sino como un fracaso técnico. Muchos médicos no consideran esencial la relación con el paciente. Les basta con una repre-

sentación (radiológica, analítica, quirúrgica...) del cuerpo y una historia clínica que apenas tiene puntos de contacto con las vivencias del enfermo. Lo que interesa a la medicina es la enfermedad, no el ser humano que la padece: se priorizan los elementos biológicos y se eliminan la angustia vital y el miedo. El dolor y la muerte son especialmente difíciles de abordar por la medicina porque significan el fracaso de un proyecto científico que recordemos, aspiraba a la inmortalidad del cuerpo. La muerte sigue siendo el enemigo a combatir. El éxito médico consiste en que el cuerpo sobreviva el mayor tiempo posible. Se intenta mantener vivo el cuerpo, reanimarlo una y mil veces. La muerte, igual que el cuerpo y la enfermedad es deshumanizada por la medicina y ya no pertenece al individuo, que solamente morirá cuando lo decidan los médicos. Y entonces tampoco será una muerte humana sino mecánica. Simplemente, se apaga el respirador.

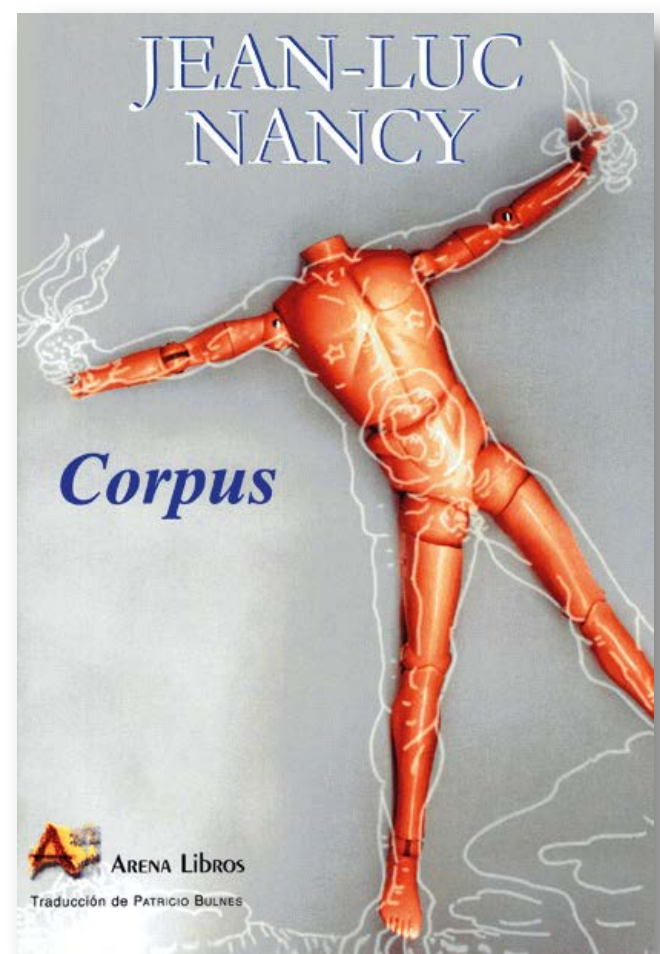
Jean-Luc Nancy: otra aproximación filosófica

En la filosofía contemporánea hay muchas voces que discrepan de la concepción del cuerpo heredada de la modernidad. Una de ellos es la de Jean-Luc Nancy un autor

con un discurso filosófico muy poético, que reivindica una percepción del cuerpo entrelazada con la del ser humano. Para este filósofo el cuerpo es el límite del individuo, el lugar del encuentro con el otro, la expresión misma del ser humano. El cuerpo es nuestra angustia puesta al desnudo, un ser aquí arrojado. El cuerpo es lo que

nos hace ser, lo que nos hace existir y esa es la esencia del cuerpo: una existencia pura, esencialmente sin esencia. Pero el texto más personal y poético de Nancy es uno muy breve titulado *El intruso* en el que el autor narra una experiencia médica traumática vivida cuando con 50 años, se le descubre un fallo cardíaco grave que solamente puede superarse con un trasplante de corazón, al que se somete en 1990 y tras un largo y doloroso proceso consigue superar con éxito. Las primeras reflexiones de Nancy ante su enfermedad y sobre todo, ante la necesidad de un trasplante, son de carácter ético. Hasta qué punto tiene derecho a vivir a costa de la muerte, no solo del donante sino la que

El cuerpo es el límite del individuo, el lugar del encuentro con el otro, la expresión misma del ser humano



Jean-Luc Nancy: "no tenemos un cuerpo, sino que –más bien– lo somos"



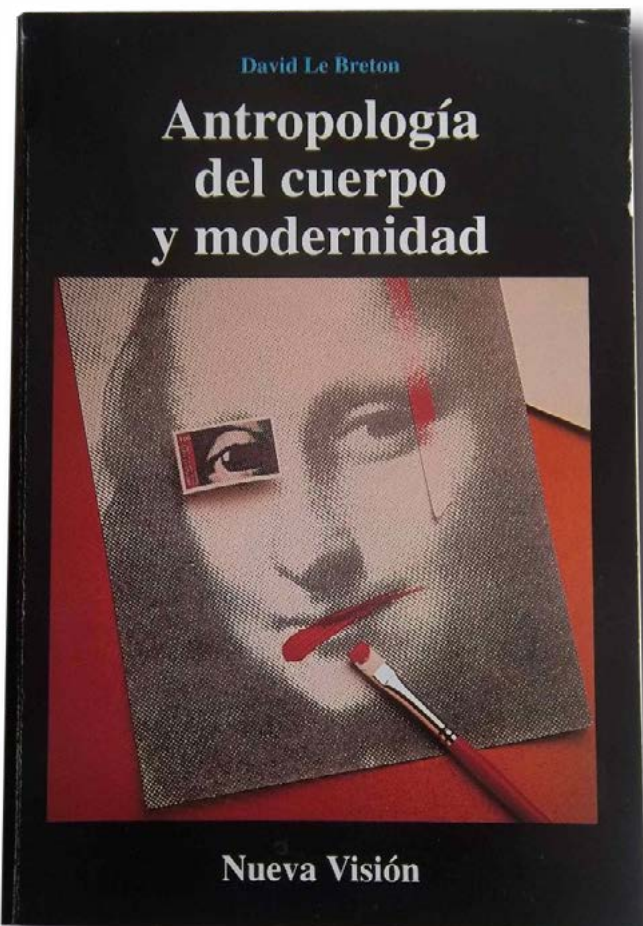
Se corta, se inyecta, se cose, se rompe, se estudia... "La lección de anatomía del Dr. Velpeau en la Charité". A. Feyen-Perrin

La muerte es el enemigo y el médico aspira a que el cuerpo sobreviva el mayor tiempo posible

se adentra en su cuerpo y ante el que tiene que ceder, hacerle espacio eliminando su propio órgano, que al dejar de funcionar se convierte también en un intruso. El filósofo describe el trasplante como una proeza médica y al mismo tiempo una aventura metafísica. Ambas cosas anudadas una con la otra. Lo que en el paradigma mecanicista no es más que un recambio de piezas Nancy lo vive como una verdadera transformación interior personal y humana. La apertura quirúrgica afirma Nancy, no se cerrará nunca. En su interior siempre sentirá un hueco ensangrentado donde antes estaba su corazón. La sustitución por otro no solo no lo elimina sino que parece exacerbarlo. Su cuerpo tiene que doblarse, reducir sus defensas para poder aceptar ese nuevo corazón que se presenta como un intruso pero que debe ser incorporado como propio.

Pasados 15 años de la operación y 5 de la primera publicación del texto, Nancy lo reedita con un post-scriptum en el que entre otras cosas dice: "De una u otra manera, una nueva ajenidad se ha apoderado de mí. Ya no sé muy bien a título de qué sobrevivo, ni si tengo verdaderos medios para ello o el derecho [...] La mayor parte del tiempo no pienso en ello [...] Pero cuando ese pensamiento me atraviesa comprendo también que ya no tengo un intruso dentro de mí; yo lo soy y como tal frecuente el mundo donde mi presencia podría ser demasiado artificial o demasiado poco legítima".

todos aquellos que esperan como él un trasplante y no pueden conseguir un órgano. Por otro lado Nancy se pregunta cómo puede seguir sintiendo su cuerpo como propio cuando el corazón no le pertenece. El intruso es ese corazón nuevo que



La muerte como el cuerpo y la enfermedad es deshumanizada por la medicina y ya no pertenece al individuo, que morirá cuando lo decidan los médicos